

Pero más allá del planteo político con el que coincidía en buena parte, Sábato había pronunciado una frase para mí impactante y que comenté durante varios días con otros estudiantes a quienes también había impresionado:

Todos tendríamos que reconocer errores. No digo esto jactanciosamente como quien está en posesión de la verdad; por el contrario, lo digo como uno de los tantos equivocados. Casi diría que me considero un especialista en errores, pero al menos quiero reivindicar para mí el mérito de reconocerlos públicamente.

---

está revelando, entre otras cosas, la pasión que todos ponemos cuando encaramos el problema. Perón politizó profundamente la vida del país y, de una manera o de otra, hizo concurrir a la política a los sectores más diversos de la nación. La juventud, por ejemplo, estaba alejada de la política. Más, todavía: para la juventud, la palabra política era una mala palabra. También lo eran, para nosotros los estudiantes de entonces, palabras como "patria", "nación" y "ejército".

Es digno de ser observado que en este país las expresiones empiezan con mayúsculas, pasan luego a minúsculas y terminan finalmente entre comillas. Así pasó con aquellos vocablos y así también ocurrió con la expresión Revolución Libertadora. Es que las palabras son símbolos importantes de hechos y la juventud, por su pureza consubstancial, odia ser engañada con grandes palabras. Así pasaba en esta nación con muchas de las grandes palabras, y la juventud estaba resentida y aislada, manifestando con aquellas comillas toda su desilusión y su resentimiento. Habría que rehacer el diccionario político del país, a fin de establecer rigurosamente qué es "libertad", qué es "democracia", qué es "pueblo" y qué es "revolución". Evitaríamos así muchos malentendidos y muchas inútiles discusiones, por dar a las mismas palabras significados a veces diametralmente opuestos. Pongamos un solo ejemplo: si yo fuese obrero y estuviese aquí hablando de libertad, en favor de la libertad, y escuchase que la revolución de mil novecientos cincuenta y cinco se hizo en nombre de la libertad, tendría todo el derecho del mundo a comentar que, mucho antes que Perón subiese al poder, los obreros eran bárbaramente apaleados y torturados cada vez que se levantaban en defensa de sus derechos; de modo que la famosa palabra "libertad", en el sentido en que a veces la empleamos en reuniones como ésta, tendría para ese obrero un sentido apócrifo y farisaico.

Nosotros, como intelectuales, tenemos el deber de enfrentar este grave problema del lenguaje apócrifo y farisaico. Y, por supuesto, esta revisión de significados no sería, como podría pensarse a primera vista, una simple cuestión de lenguaje, sino que implicaría un examen a fondo de los hechos históricos y sociales de nuestra patria. Esta revisión implicaría una revisión de toda nuestra historia, sobre todo de la historia de los últimos cincuenta años. Y todos tendríamos que reconocer errores. No digo esto jactanciosamente, como quien está en posesión de la verdad; por el contrario, lo digo como uno de los tantos equivocados. Casi diría que me considero un especialista en errores, pero al menos quiero reivindicar para mí el mérito de reconocerlos, y de reconocerlos públicamente. Creo y pienso que de uno y otro lado habría que reconocer errores. Y así entenderíamos que estamos aquí reunidos en virtud, precisamente, de ese complejo proceso que significó la revolución peronista, que todo lo trastrocó, que todo lo ha revuelto, que ha puesto sobre el tapete los problemas más importantes de la nacionalidad.

Todos, sin excepción, peronistas y antiperonistas, deberíamos hacer este examen de conciencia; con toda honestidad, no digo sin pasión, porque sería horrible que algo de tanta trascendencia pudiese ser hecho sin pasión, pero sí con absoluta honestidad y humildad. Y este examen cartesiano del peronismo nos permitiría obrar por la superación del país.

Si todos hiciéramos esto, pienso que aquellas personas que *realmente* quieren al país, tienen fe en nuestro pueblo, se pondrían de acuerdo en un mínimo de cosas comunes.

No me atrevería a enunciar en este momento, así, de improviso, cuál podría ser este mínimo común, pero estoy seguro que ese mínimo existe para las personas de buena voluntad.

Tendríamos que empezar por admitir, estoy convencido, de que esto ha sido y es una revolución, aunque muchos todavía piensen lo contrario.

El diecisiete de octubre yo estaba en mi casa, en Santos Lugares, cuando se produjo aquel profundo acontecimiento. No había diarios, no había teléfonos ni transportes, el silencio era

Esas palabras, distintas a las que acostumbraba a escuchar de los intelectuales, me llevaron a indagar en su trayectoria. Me interesó saber que había sido comunista, surrealista, científico, profesor se-

---

un silencio profundo, un silencio de muerte. Y yo pensé para mí: esto es realmente una revolución.

Era la primera vez en mi vida que yo asistía a un hecho semejante. Por supuesto, había leído sobre revoluciones, todos hemos leído sobre revoluciones. Tenemos en general una idea literaria y escolar de lo que es una convulsión de esa naturaleza. Pero es una idea literaria, sobre todo en este país, donde la gente ilustrada se ha formado leyendo libros preferentemente en francés. Y, todavía hoy, ve con enorme simpatía, cada vez que llega el catorce de julio, en las vitrinas de la Embajada francesa, en la calle Santa Fe, un descamisado tricolor tocando un bombo, rodeado por otros descamisados que vociferan y llevan trapos y banderas. Todo eso les parece muy lindo y hasta de buen gusto, porque está en la avenida Santa Fe y porque pertenece a la Embajada de Francia (*aplausos*), sin comprender que esos hombres allí representados eran precisamente descamisados, y que esa revolución (como todas, por otra parte) fue sucia y estrepitosa, obra de hombres en alpargatas, que golpeaban bombos y que seguramente también orinaron (como los descamisados de Perón en la plaza Mayo) en alguna plaza histórica de Francia (*risas*). No veo que haya en esto nada merecedor de la sonrisa o la ironía. A mí me conmueve el recuerdo de aquellos hombres y mujeres que habían convergido sobre la plaza de Mayo desde Avellaneda y Brisso, desde sus fábricas, para ofrecer su sangre por Perón.

No hago un juicio de valor; ignoro las intenciones que tenía este señor, puede ser que no fueran buenas. Personalmente, no tengo simpatía por Perón. Pero si fuéramos a juzgar la historia y los hechos políticos por la simpatía o antipatía que nos merecen sus líderes, evidentemente resultaría una historia muy curiosa.

Lo cierto es que aquellas masas eran multitudes que habían sido sistemáticamente escarnecidas y apaleadas, que ni siquiera eran gente, que no eran personas. Ese concepto de "persona", que tan profundamente la Iglesia reivindicó para el hombre y que trajo a la civilización occidental una revolución espiritual tan trascendente. Pues bien, esa multitud de parias había encontrado un conductor, un líder que había sabido moverlas, que había sabido despertar su amor. Nada de malo veo en esta existencia de un líder. Se oye decir en este país, sobre todo en sectores de los llamados democráticos, que es malo que exista un conductor, como si eso fuera cosa de pueblos atrasados y de multitudes bárbaras o fanáticas. Lamento tener que decir que todo eso se me ocurre una tontería. Nunca ha habido, por otra parte, historia sin líderes. El propio Marx ha dicho que la historia se hace en condiciones determinadas o predeterminadas, ajenas a la voluntad de los seres humanos; pero que la historia, no obstante, la hacen los hombres y, sobre todo, naturalmente, los grandes hombres. No alcanzo a comprender por qué Churchill, por el solo hecho de ser inglés, haya de ser un líder aceptable y no han de serlo otros que no gozan de una nacionalidad tan privilegiada. (*Aplausos.*)

No hay nada repudiable en que un conductor, que sabe lo que debe hacerse por su pueblo, lo haga. No es que defienda particularmente el liderazgo de Perón, porque en ese caso habría que hablar mucho y analizar muchos matices. Sólo quiero significar que su condición de conductor no es, en todo caso, un argumento en su contra, como se ha pretendido hacer valer, sino más bien en su favor.

Se oye decir que las masas peronistas fueron subyugadas por mendrugos y por botellas de sidra. Esa es otra de las grandes falsedades que se repiten. Nunca una revolución se ha hecho por simple hambre. Lo saben bien los teóricos comunistas, para citar el caso de una posición materialista de la historia, es decir, el caso más desfavorable. La gente se mueve por ideas y por ideales, por odio y por amor. Así se hizo la revolución nuestra de mil ochocientos diez, la revolución del ochenta y nueve en Francia, la del diecisiete en Rusia, y todas las grandes revoluciones de la historia. Un pueblo no sigue a un líder porque simplemente tenga el estómago vacío; hay pueblos hambrientos que viven en la esclavitud. Por el contrario, los desheredados siguen a un conductor cuando él sabe despertar en ellos pasiones profundas. En este caso, los hombres de los frigoríficos y quebrachales, de las fábricas y talleres, porque encontraron a un hombre que supo encarnar y personificar sus sentimientos y anhelos más recónditos. Por eso fueron tras de él. Y estoy seguro de que conservarán ese sentimiento de fidelidad hasta que se mueran.

Esto es una de las tantas cosas que no han aprendido los que siguen siendo antiperonistas al ciento por ciento, una de las cosas que tendrían que aparecer con claridad a poco que iniciáramos un examen a fondo, honesto y descarnado, de los hechos históricos acontecidos en los últimos años en nuestra patria, uno de los elementos de ese denominador común a que me refería, condición indispensable para que luego edifiquemos algo permanente y serio. Porque el problema del país, hoy, no es peronismo o antiperonismo, sino síntesis, pero la